

La página viva

Max admira al colibrí

José de la Colina

Yo caminaba al frente del grupo, entre dos muros de follaje. De pronto, alguna cosa cruzó frente a mí, rápida como el pensamiento. Mis sentidos iban tan alerta que no se me escapaba nada, ni un movimiento ni un ruido. Otra vez vi pasar ante mí aquella cosa rápida como un relámpago, la vi subir y bajar. Al fin, tras un ir y venir en todos sentidos, y siempre con igual presteza, el movimiento se concentró en una liana, muy cerca de mí. Era una vibración incesante, un zumbido, una oscilación mil veces repetida. Se diría un pensamiento atrapado al vuelo y encerrado en una palpitación de alas, flotante y suspensa en el espacio.

No me engañaba, no: mis ojos lo habían presentido y reconocido. Arrobadado y extático, me encontraba yo en presencia del primer colibrí que me fue dado ver en mi vida. Helo ahí, por fin, aquel pájaro que los brasileros, con inspiración poética, llaman beija-flor (besaflor). Tuve tiempo de hacer señas a mis compañeros y pronto formamos círculo en torno de aquella maravilla. [...] La realidad resultó superior a toda expectativa y a toda posible descripción. Y aumenta el encanto de la aparición la circunstancia de que este diminuto ser es inasible; ni es dable reproducir sus movimientos, ni guardarlo en cautividad. Semejante a las imágenes del sueño, aparece cuando menos se le espera, y huye cuando más nos atrae. [...] Más bien se le tomaría por una joya del Paraíso por casualidad abandonada en un bosque del Brasil. [...] Los movimientos de este ser diminuto que boga por los aires y se nutre con el aroma de las flores tienen algo de travieso y original al mismo tiempo. Dondequiera que abre sus fulgores una perfumada planta de los trópicos, allá aparece la cosita pequeña y volátil, como evocada por una vara prodigiosa, sin que podamos saber cómo ni dónde. Ya va, ya viene, ora se mece o se precipita, cintilante piedra herida de sol.

Su ojo, agudo como la punta de un diamante, descubre entre todas las flores a la que ha de honrar con sus besos, y al punto se suspende sobre ella. Mientras vibra en el aire, su deslumbrante cuerpecillo parece inmóvil. Hunde luego la cabeza voluble en el cáliz de púrpura: ya ha libado la miel. Y cuando esperamos que nos dé tiempo de admirarlo, helo que reaparece muy lejos, jugueteando en el éter azul.

El inasible, el zigzagueante, el deslumbrante, el casi más volátil que volador colibrí (“nombre aplicado a todas las aves de la familia de los troquilidos, del orden de los troquiliformes”, dice un vulgar diccionario enciclopédico) es un pájaro tan diminuto como vistoso y vivaz, exclusivo de las tierras tropicales de América pero sospechable de haber sido inventado por Jorge Luis Borges para una ornitología fantástica. Aquí está objetiva y líricamente descrito y narrado por un naturalista *amateur*, en la ocasión, un poeta involuntario: Ferdinand Maximilian Joseph von Habsburg-Lothringen (6 de julio de 1832-19 de junio de 1867)...

Sí, quién lo diría, el autor certificado de esta vívida y hermosa página es el personaje histórico que fuera por tres años el tan iluso como postizo y trágico emperador de México: es nadie menos que Maximiliano de Habsburgo.

Maximiliano descubrió al fulgurante colibrí durante un primer viaje a tierras sudamericanas. El texto, de sus obras en siete volúmenes: *Aus meinen Leben. Reiseskizze: Aphorismen: Gedichte*, Viena, 1826, fue recogido y traducido (acaso a través de la versión francesa) por Alfonso Reyes en su libro *No te y Sur (Obras completas, tomo IX, pp. 95-9)*. Lo ofrezco con la disculpa de haber-

lo abreviado mediante paréntesis rectangulares y puntos suspensivos para que cupiera en una página de nuestra *Revista* universitaria, y a la vez con la esperanza de que de este modo se distinga más como una muy vívida pieza de escritura que, acaso sin haber tenido otro propósito que el de ser la crónica ornitológica de un curioso y refinado turista de excepción, parece nacida del “delicado sueño del trópico, sueño de una tarde de Bahía, hora única” (A.R., *o p. cit.*). Es casi un poema en prosa que alcanza un movimiento y una gracia cercanos a los de las páginas de flora y fauna de fray Luis de Granada, de Jules Renard o de Juan José Arreola. **U**



Joaquín Ramírez, copia de Santiago Rebull, *Maximiliano de Habsburgo*, 1865